

SINODALIDAD EN LA IGLESIA
PALABRAS DEL PREPÓSITO GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS,
P. ARTURO SOSA ABASCAL, S.J., EN EL ACTO ACADÉMICO DE
CONFERIMIENTO DEL TÍTULO DE DOCTOR HONORIS CAUSA
DE LA UNIVERSIDAD BABES-BOLYAI
CLUJ-NAPOCA, 17 DE NOVIEMBRE DE 2023¹

FR. ARTURO SOSA ABASCAL, SJ

Introducción

Una profunda emoción me lleva a iniciar estas palabras con una acción de Gracias al Señor por tanto bien recibido a través de la *Universidad Babes-Bolyai*, la más antigua y fecunda Universidad en Rumania. Recibo este reconocimiento en nombre de la Compañía de Jesús, ligada a los orígenes de esta Universidad cuando en el lejano 1581 fundó la *Academia Claudipolitana Societatis Iesu*, entonces Colegio Mayor de los Jesuitas en Cluj. Agradezco de corazón esta generosa iniciativa de la Facultad de Teología Romano-Católica y la Facultad de Teología Greco-Católica.

Nos encontramos en este significativo acto académico cuando acaba de finalizar la primera reunión de la XVI Asamblea del Sínodo de los Obispos, bajo el título *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión*. El Santo Padre Francisco ha querido tratar el tema de la sinodalidad de la Iglesia dentro de un proceso propiamente sinodal. Por eso, se ha organizado en tres fases sucesivas que permiten la participación activa de todo el Pueblo de Dios. El itinerario sinodal se inició en octubre del 2021 con la consulta a nivel diocesano, seguida por una consulta continental y esta primera asamblea a nivel universal. Tanto las organizaciones laicales como la vida consagrada han participado activamente en todos los niveles y fases del proceso.

Desde ahora hasta la segunda reunión de la XVI Asamblea del Sínodo de los Obispos se está ante el desafío de compartir la experiencia vivida y preparar el final de esta fase de un proceso que continuará de diversas maneras en toda la Iglesia para que el modo sinodal de ser Pueblo de Dios que camina junto eche raíces, madure y produzca fruto en abundancia.

¹ Palabras del Prepósito General de la Compañía de Jesús, P. Arturo Sosa Abascal, S.J., en el Acto Académico de conferimiento del título de *Doctor Honoris Causa* de la Universidad Babes-Bolyai Cluj-Napoca, 17 de noviembre de 2023.



En este contexto del proceso sinodal que vive la Iglesia Católica, inspirada en la eclesiología del Concilio Ecuménico Vaticano II, impulsado por el Santo Padre Francisco y delante del claustro y estudiantes de las Facultades de Teología Greco-Católica y Católica-Romana me propongo relatar en breves trazos la experiencia sinodal en la iglesia latinoamericana contemporánea, a partir de mi propia vivencia como cristiano latinoamericano y religioso jesuita.

Sentido básico de sinodalidad

Comenzamos aclarando el significado de la sinodalidad. Para nosotros todo lo que digamos sobre ella tiene que ser una especificación de su significado literal: el hecho de caminar juntos. No sólo los cristianos, todos los seres humanos tenemos que caminar incesantemente y no sólo ni principalmente para conseguir metas específicas que nos tracemos sino más elementalmente para ser, porque como seres humanos no estamos hechos: “el modo humano de ser es ser siendo”². Dios es “actualidad pura”³; nosotros, como no somos dioses, pero sí a imagen y semejanza suya, también somos actualidad, pero no pura sino sucesiva, reiterada constantemente mientras vivamos, porque ningún acto nuestro nos define e incluso porque otro acto posterior puede desmentirlo. Así pues, no sólo tenemos que caminar, sino que tenemos que hacerlo por el buen camino, porque hay acciones que en vez de humanizarnos nos deshumanizan.

El problema fundamental es que el orden establecido promueve por todos los medios las acciones que desarrollan cualidades funcionales al sistema y ladea completamente la propuesta de la calidad humana. Las cualidades pertenecen a lo útil, no a lo valioso: ellas potencian lo que hagamos, tanto lo bueno como lo malo. El más sabio, el más fuerte, el más influyente, no es por eso el más humano; si todas sus acciones van encaminadas a desarrollar esa cualidad y pone en ello el sentido de la vida, se deshumaniza. En cambio, el que apuesta por la calidad humana, que se da en la entrega de sí horizontal, gratuita y abierta y en recibir la entrega de otros, sí se tiene que cualificar, porque si yo digo que quiero servir eficazmente y no sirvo

² Ignacio ELLACURÍA, *Filosofía de la realidad histórica*. UCA, San Salvador: Trotta, 1999, 345.

³ “*Actus purus*” es la expresión de santo Tomás: ST I,q9,1;q12,1;q14,2 ad3;q50,2 ad3;q54,1;q75,5 ad4;q87,1;q90,1;q115,1 ad 2. Edición en español: Tomás de Aquino, *Suma Teología*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2001. Fuente: <https://www.dominicos.org/media/uploads/recursos/libros/suma/1.pdf>

para nada y no me cualifico para servir, es mentira que quiera servir. Está claro que caminar humanamente es caminar con otros por el buen camino y sin excluir a nadie.

También como cristianos tenemos que caminar incesantemente, porque ser cristianos no es otra cosa que ser humanos al modo de Jesús, más aún, siguiéndolo. Él es el Camino por el que tenemos que caminar. Él, el Hijo único y eterno de Dios, se hizo nuestro Hermano para que, aceptando su fraternidad, llegáramos a ser en él hermanas y hermanos unos de otros e hijas e hijos de Dios y desde esas relaciones nos esforcemos por ir construyendo el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios, que sólo se consumará en la otra vida. Ese es el modo humano de ser de Jesús y su propuesta.

Ahora bien, mientras vivamos estamos abiertos: podemos aceptar la fraternidad de Jesús y la de los demás y corresponder o no aceptarla, o aceptarla unas veces y rechazarla otras. Las distintas vocaciones en la Iglesia están para cualificar esas relaciones y enraizarlas en Jesús de Nazaret, sin absolutizarlas.

Así pues, para ser humanos y cristianos tenemos que caminar incesantemente y caminar con otros y por el buen camino, por el Camino que es Jesús, un camino filial y fraterno que sólo se concluye en la muerte, que según hayamos vivido, puede ser muerte definitiva o vida eterna.

Éste es el sentido básico de sinodalidad. De este caminar fraterno para llegar a ser humanos y cristianos se desprende el escuchar, el hablar, el dialogar, el decidir conjunto deliberando, es decir, mediante razones que se hagan cargo de la realidad, el evaluar entre todos, el procesar superadoramente los problemas, el celebrar los logros y la vida compartida y, como fruto de todo, la comunión. Pero insistiendo que todo esto no lo llevamos a cabo seres humanos plenamente constituidos sino como nuestro proceso de constituirnos en seres humanos y en cristianos y de constituir a la humanidad como la familia de las hijas e hijos de Dios

Trascendencia de este tema

La relevancia de este tema para la vida y misión de la Iglesia en la actualidad es incuestionable. Para el Papa Francisco la sinodalidad es “el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio”⁴. Desde la experiencia latinoamericana inspirada en

⁴ Santo Padre FRANCISCO, “Conmemoración del 50 aniversario de la institución del sínodo de los obispos”. Aula Pablo VI, 17 oct 2015. Fuente: https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2015/october/documents/papa-francesco_20151017_50-anniversario-sinodo.html

la eclesiología del Concilio Vaticano II, es una apreciación con la cual es imposible no estar de acuerdo. Dios quiere que la Iglesia sea sinodal: que todos los cristianos caminemos juntos como hijos y hermanos. Si no es así, no es la Iglesia de Jesús de Nazaret, aunque sea una institución muy eficiente y con gran relevancia social.

Ahora bien, la dificultad de que la Iglesia sea sinodal corre pareja a la necesidad de que lo sea. No hay sinodalidad en el orden establecido. Para él sólo existen individuos que se relacionan con los que quieran y para lo que quieran y cuerpos sociales que buscan su provecho, como las corporaciones globalizadas. Las relaciones son secundarias y buscando el propio provecho.

Desde la perspectiva eclesial latinoamericana, en cambio, lo que subsiste no son los individuos sino las relaciones, cuando son de entrega de sí gratuita, horizontal y abierta. Esto es así porque, en contra del imaginario vigente en la mayoría de los cristianos, nuestro Dios no es el Monarca absoluto: “la relación en Dios no es como un accidente adherido a un sujeto, sino que es la misma esencia divina, por lo cual es subsistente”⁵. No existe el Padre, el Hijo y el Espíritu y se relacionan; si así fuera, habría tres dioses. Lo que existe es la relación que a la vez diferencia (Padre, Hijo y Espíritu) y mantiene unido (un solo Dios verdadero). También en la Iglesia tienen que llevar la primacía las relaciones filiales y fraternas y no las doctrinas, preceptos y ritos ni la institución y sus personeros. Eso es lo que Dios espera de la Iglesia para este tercer milenio, y lo espera porque actualmente no es lo que en ella predomina. No es que falten esas relaciones, pero ellas todavía no son las que dan el tono.

La sinodalidad en la Iglesia latinoamericana: novedad y antecedentes

Establecido lo que es la sinodalidad y la relevancia de que acontezca para las personas y la humanidad, más aún para la Iglesia, pasemos a considerar su presencia en la Iglesia latinoamericana. Ante todo, tenemos que aclarar que esta palabra con este significado aplicado a la Iglesia es una novedad muy pertinente del papa Francisco. O sea, que nos vamos a referir al concepto, tal como lo hemos explicado, sin usar la palabra.

Habría que decir lo mismo que dijimos respecto de la Iglesia universal, que siempre hubo sinodalidad en la Iglesia latinoamericana, pero que no ha sido lo que ha dado el tono hasta el Concilio Vaticano II. Aunque habría que recalcar que los

⁵ Santo Tomás, Suma Teológica, p I,q 29,a 4

que en la III Conferencia Episcopal Latinoamericana reunida en Puebla en 1979, se llaman “fundadores de la Iglesia latinoamericana”, desde Antón de Montesinos a Toribio de Mogrovejo, pasando por Vasco de Quiroga, Bartolomé de Las Casas y tantos otros, sí la vivieron eximamente hermanándose con los indígenas y exigiendo que no se los oprimiera sino que se los tratara digna y fraternamente, por lo que entraron en contradicción con el orden social que se estaba levantando, que era rigurosamente asimétrico y por eso discriminador.

Pero cuando se estabilizó lo que podemos caracterizar como orden colonial la institución eclesiástica aceptó ese establecimiento que negaba absolutamente la sinodalidad⁶. Esta aceptación, que negaba la sinodalidad, ocurrió en los lugares céntricos en las dos últimas décadas del XVI y en los periféricos en la tercera década del XVII.

En vísperas del Concilio Vaticano II lo que domina en la institución eclesiástica latinoamericana es la consideración de que el mundo moderno se había levantado al margen de la Iglesia y en ese sentido se había emancipado de Dios y por tanto no era ámbito de salvación. Consiguientemente la propuesta era salvarse del mundo, que equivalía en este caso al mundo moderno y más específicamente a las nacientes repúblicas, sobre todo cuando en ellas dominaban los liberales. De allí la propuesta de una institucionalización paralela: educación católica, sindicatos católicos, empresarios católicos, fiestas católicas y manifestaciones católicas públicas como las procesiones y peregrinaciones, además del culto público. Y más en el fondo un modo de vivir completamente pautado: profesar doctrinas, cumplir preceptos y practicar ritos. Lo que se pedía era fuerza de voluntad para cumplir de corazón; aunque también se fomentaban las devociones que en el mejor de los casos lograban que el voluntarismo para cumplir lo pautado se aceptara con el fervor.

Ahora bien, una buena parte del Pueblo de Dios vivía el cristianismo a su aire y por eso con una independencia fundamental respecto de la institución eclesiástica, aunque le tuviera respeto y participara fervorosamente de muchas festividades que ella presidía, aunque siempre a su aire. La institución eclesiástica interpretaba esa relativa independencia como minusvalía; pero en realidad era

⁶ El tema está desarrollado en III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Puebla, Conclusiones n°3-13. Documento de Puebla III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Carta del Santo Padre a los Obispos Diocesanos de América Latina*, fuente: https://www.celam.org/documentos/Documento_Conclusivo_Puebla.pdf

una consecuencia de tomar el cristianismo en sus manos, como auténticos sujetos. Los más consecuentes son los que podemos llamar “pobres con espíritu”⁷ que se caracterizan por vivir con Dios, en una interlocución continua con él, no cara a cara sino codo a codo, es decir comentando con él todo que pasa y lo que les pasa y esperando también su opinión. Estos logran un grado de personalización eximio, que se muestra también en las relaciones personalizadas con los demás: una auténtica sinodalidad.

De seguir pautas establecidas a seguir a Jesús en una vida-misión discerniente

El cambio provino de no pocos que estaban insatisfechos con ese modo de vivir el cristianismo y que sentían que Dios les pedía una relación más personalizada con Él y asumir una responsabilidad positiva con aquellos con los que convivían y con su sociedad. Estos fermentos se iban conversando y provocando una crítica al establecimiento eclesiástico y un impulso a vivir el cristianismo de otro modo. Por eso estas personas cuando se iban enterando de los debates conciliares y sobre todo cuando se publicaron los primeros documentos se sintieron no sólo autorizados sino impulsados a manifestar y vivir lo que sentían, a la vez que lo clarificaban y confirmaban.

Frente a conformar su vida a pautas establecidas por la institución y la figura de adherente a ella, estos cristianos sintieron que tanto su constitución humana, como la situación de cambio histórico en la que vivían pedían unas relaciones vivas, que se expresaban en discernir el tiempo que nos toca vivir y juzgar lo que es justo hacer. Así era como experimentaban eal Dios que les había revelado Jesús y su condición de seguidores suyos. Eso era lo que el seguimiento de Jesús les demandaba en ese momento. Eso fue lo que Jesús pidió a sus contemporáneos, contraviniendo las pautas minuciosísimas que prescribían los maestros de la ley e imponían los fariseos⁸. La fidelidad tenía que ser creativa, tanto porque el tiempo cambia como porque nosotros tenemos edad. Así pues, la relación personalizada con Dios, con Jesús y también con los compañeros cristianos de camino y más en general con todos, fue abriéndose paso dejando de lado tantos protocolos.

⁷ La expresión es de Ignacio Ellacuría, S.J., martirizado en la Universidad Centroamericana de San Salvador en 1989: “El pueblo con Espíritu”. En *Conversión de la Iglesia al Reino de Dios*. Santander: Sal Terrae, 1984, 70-79.

⁸ Lc 12, 54-56

Dejaron de lado lo que ha sido llamado con toda propiedad “fariseísmo cristiano”⁹ para seguir a Jesús en la vida, que es un flujo constante y constituyente ya que esas relaciones fraternas y filiales nos van constituyendo como personas y van construyendo, en lo que cabe, el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios, que es el reino que proclamó e inició Jesús y que se consumará en la transhistoria. Así pues, uno se hace ser humano y cristiano en la vida, que es histórica, una vida en relaciones filiales y fraternas, en seguimiento a Jesús, una vida vivida en la Iglesia que es la comunidad de sus seguidores.

La Iglesia, comunidad de comunidades

Esa comunidad universal de los seguidores de Jesús para que no se redujera a una idea reguladora dio lugar a multitud de comunidades en las que se discernía en conjunto y se vivía con responsabilidad personal y fraternamente lo discernido.

Sobre todo florecieron las *Comunidades Eclesiales de Base*, que fueron una alianza entre gente popular y no popular en el seno del pueblo y no una manifestación de la comunitariedad ancestral del pueblo ya que los que vinieron del campo a la ciudad lo hicieron no sólo para gozar de sus bienes civilizatorios sino más todavía para buscarse a sí mismos ya que las comunidades tradicionales eran fuertemente asimétricas y en ellas estaba todo reglamentado y no cabían ellos como esos seres humanos que buscaban una realización mucho más personalizada.

Como su actitud era positiva, fomentaron una convivialidad muy humanizadora, sin llegar a constituir propiamente comunidades. Estas personas nacieron a la comunidad al fomentar en concreto esa fraternidad de las hijas e hijos de Dios, para lo que tuvo mucha relevancia la lectura orante comunitaria de la Biblia y cada vez más del Evangelio.

Esas comunidades fueron tan dinámicas en su medio que dieron lugar a multitud de asociaciones para mejorar aspectos concretos de la vida y para influir en su medio y en la sociedad. Fueron verdaderas comunidades cuando los agentes pastorales actuaron contundentemente la sinodalidad, es decir cuando sus aportes, imprescindibles, se hacían desde la fraternidad con todos, una relación realmente mutua y no sólo el aporte unidireccional de los expertos. Estas comunidades hicieron renacer a la Iglesia latinoamericana y también al Pueblo de Dios que la constituye.

⁹ Paul RICOEUR, “El escrúpulo”. En *Finitud y culpabilidad*, Madrid: Trotta, 2004, 273–294.

Encarnación solidaria en la sociedad desde los empobrecidos

El discernimiento capital de esta Iglesia latinoamericana que se levantó con el Concilio Vaticano II fue que seguir a Jesús entrañaba situarse en su sociedad como lo hizo él: encarnándose solidariamente desde abajo. De salvarse del mundo perdido y construir una institucionalización paralela se pasó, entonces, a salvarse contribuyendo a salvar al mundo.

El mundo no estaba perdido porque hubiera puesto de lado a la Iglesia, sino porque su constitución piramidal no expresaba las relaciones horizontales, gratuitas y abiertas que caracterizan y construyen a las personas ni la fraternidad que vino a instaurar Jesús. Por eso había que colaborar a que el pueblo oprimido se liberase, tanto de la resignación como del afán de revancha, y también los opresores de su inhumanidad y camináramos todos hacia una auténtica democracia en la que todos fuéramos sujetos corresponsables.

Hay que decir también que en los primeros tiempos el contagio ambiental marxista llevó a algunos a posturas excluyentes, pero a la larga prevaleció la perspectiva bíblica de la liberación que excluye el odio y que incluye a los opresores y en concreto al capital, pero componiéndose con los demás actores económicos y sociales y no dominando sobre ellos.

Ahora bien, la encarnación solidaria va más allá de la economía y la política y se ejerce sobre todo en la cotidianidad y en las relaciones que nos constituyen en personas y en concreto en seguidores de Jesús. Estos cristianos latinoamericanos se tomaron muy en serio esta tarea que llegó a caracterizarlos y plenificarlos y que fue muy fecunda para su sociedad. Como el punto de partida era salvarse del mundo, encarnarse fue situarse dentro, y desde allí conocer la realidad con la mayor profundidad posible y, sobre todo, entablar lazos.

Como esa encarnación era, como la de Jesús, desde abajo, estos cristianos se solidarizaron con todos desde la solidaridad con el pueblo. Hubo muchos profesionales que fueron capaces de ver y juzgar todo desde cómo afectaba a los de abajo porque entablaron relaciones profundas con ellos tratando no sólo de ayudarlos sino de estimarlos y valorarlos y así contribuir horizontalmente a que se promuevan y recibiendo también sus dones, sobre todo su resiliencia: su capacidad de vivir en los diversos aspectos de la vida y no sólo de sobrevivir y de convivir cuando no hay condiciones de vida y hasta de dar de su pobreza. Nacieron muchas asociaciones solidarias que cualificaron mucho al pueblo y a toda la sociedad.

Merecen especial mención las comunidades religiosas, sobre todo femeninas, que se insertaron en los barrios y desde esa participación de su vida construyeron comunidades eclesiales de base y multitud de organizaciones, entre ellas muchos centros educativos.

Desde la Biblia y sobre todo los evangelios

Queremos señalar que este proceso de la Iglesia latinoamericana vino propiciado desde el comienzo por la relevancia que llegó a tener la Biblia y a la larga, sobre todo los evangelios. Realmente que ahí estuvo la mano de Dios porque esta lectura de la Biblia ayudó mucho a procesar la situación de opresión.

El Éxodo y desde él los profetas fue un referente más básico que las doctrinas políticas, señaladamente el marxismo, y por eso se pudo asimilar lo válido de ellas sin quedarse anclado en sus rigideces. Lo bueno es que la relación con la Biblia no consistió sólo en su estudio asiduo, sino, más todavía, en la lectura orante.

Y paulatinamente todo se fue concentrando en los evangelios y a través de ellos en el seguimiento fervoroso y situado de Jesús. Esta entraña jesuánica, este anclarse en Jesús de Nazaret, no en un Cristo dogmatizado, fue la gran riqueza de esta Iglesia.

Los Padres de la Iglesia latinoamericana y los teólogos de la liberación

En este proceso que hemos descrito sucintamente queremos destacar el papel pionero y tremendamente inspirador de una pléyade de obispos de diversos países que con toda justicia han sido denominados “padres de la Iglesia latinoamericana”¹⁰. Larraín, McGrath, Proaño, Pironio, Angelelli, Helder Camara, Samuel Ruiz, Loscheider, Arns, Alvear, Romero y tantos otros fueron capaces de convocar al pueblo, de darle voz y también de servir de voceros suyos y desde una postura

¹⁰ José Comblin dedica varios trabajos a estudiarlos y rendirles homenaje. El primero, más conceptual, en “Los obispos de Medellín”. En José COMBLIN, *10 palabras sobre la Iglesia en América Latina*, Estella: Verbo Divino, 2003, 41–77. El segundo, más vivencial, es su contribución al homenaje que se le tributó con motivo de sus ochenta años de edad, titulado significativamente *Saudades da América Latina*. El libro homenaje lleva por título José COMBLIN, *A esperança dos pobres vive*, Sao Paulo: Paulus 2003, 721–732. Ver además José COMBLIN, *Los Santos Padres de América Latina*, Revista Latinoamericana de Teología, 65 (mayo-agosto 2005), 163–172

inequívocamente evangélica provocaron la solidaridad de muchas personas, avivaron la fe, la encarnaron, revitalizaron a sus Iglesias y nos dejaron un legado tremendamente inspirador.

Lo mismo que decimos de los obispos tenemos que decir de la teología. Podemos afirmar que la teología latinoamericana, en el sentido preciso de la que brota de la praxis evangélica de los cristianos latinoamericanos, nace en esta Iglesia que se encarna en el continente desde el pueblo y desde esa postura vital discierne los signos de los tiempos. Gustavo Gutiérrez, el teólogo más representativo, participó en la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Medellín (1968) y su emblemática *Teología de la liberación* se publicó en 1971¹¹. Ronaldo Muñoz, Juan Carlos Scannone, Segundo Galilea, Enrique Dussel, José Comblin, Juan Luis Segundo, Leonardo Boff, Carlos Mesters, Ignacio Ellacuría, Jon Sobrino, Víctor Codina, Pedro Trigo y tantos otros y las nuevas generaciones, que están bien representadas en Francisco de Aquino Junior, componen un verdadero cuerpo pensante realmente fraterno que desde los años 70 se ha venido reuniendo sistemáticamente y se puede decir que ha compuesto un pensamiento orgánico y a la vez en constante proceso ya que su sustancia es la comprensión del cristianismo que brota desde una vivencia cristiana compartida y que sigue el pulso a la realidad que se va viviendo solidariamente.

Obstáculos eclesiales y epocales a este modo de ser Iglesia

Ahora bien, esta vivencia tan fecunda de la Iglesia latinoamericana, a contrapelo del orden establecido, fue más difícil de vivir por el cambio en la institución eclesial que tuvo lugar en el pontificado de Juan Pablo II. Durante este tiempo la Iglesia vivió la paradoja de una presencia universal en los medios de comunicación y un pensamiento social avanzado, al lado de una creciente institucionalización de su estructura y un anticomunismo incapaz de reconocer el fermento social transformador de las Comunidades Eclesiales de Base. En la escogencia de nuevos obispos, líderes eclesiales y lineamientos pastorales prevalecieron las tendencias institucionalistas y de movilización masiva.

¹¹ Centro de Estudios y Publicaciones, Lima. Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño, II Conferencia General Del Episcopado Latinoamericano Documentos Finales De Medellín, fuente: https://www.celam.org/documentos/Documento_Conclusivo_Puebla.pdf

Además, desde mediados de los años 80, penetró fuertemente en el horizonte societal el imaginario neoliberal, que eclipsó al que había regido hasta entonces que podemos llamar cristianismo secularizado ya que los valores de laboriosidad, promoción, justicia y solidaridad eran valores respetados por todos, aunque no todos los practicaran. Todo lo que promovía la Iglesia latinoamericana desde su esfuerzo por encarnar el Vaticano II pasó a estar “fuera de onda”. Y por si fuera poco también desde entonces se fueron muriendo muchos religiosos, religiosas y curas diocesanos que llegaron al continente latinoamericano en la postguerra española y europea sin que hubiera suficientes reemplazos.

Por eso, aunque el Papa Juan Pablo II se dio cuenta del cambio negativo de la institución eclesiástica y por eso escribió al episcopado brasilero que “la teología de la liberación es no sólo oportuna sino útil y necesaria” (9/4/1986), la institución eclesiástica latinoamericana restablecida no rectificó y cada vez hubo más voces hostiles. Aunque esta corriente, cuyos representantes carecen de carisma, opuso más bien una resistencia pasiva y la voz pública la seguía llevando la Iglesia comprometida con la base, lo cierto es que el Pueblo de Dios se fue quedando cada día más solo y las comunidades, sin estos animadores, fueron languideciendo.

Sin embargo, hay que decir que los documentos conclusivos de las cuatro Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano posteriores al Vaticano II, Medellín (1968), Puebla (1979), Santo Domingo (1992) y Aparecida (2007), evidencian, en medio de tanta oposición, una continuidad fundamental respecto de la sinodalidad. Esto es más que sorprendente y muy digno de admirar. Indica que la mayoría de los que han sido nombrados sigue en esa onda, gracias a Dios. En ello hay que reconocer la acción constante del Espíritu Santo

El Papa Francisco es representante eximio de ese modo de vivir el cristianismo y llegó a él por una evolución muy personalizada y por eso con su palabra, con su ejemplo y, además, con la designación de obispos en esta línea está rehabilitando esta manera de vivir el cristianismo, además de darle legitimidad. El Papa Francisco representa lo mejor de esta tradición latinoamericana, ahora enriquecida con la experiencia de la Iglesia universal y el impulso de la sinodalidad como dimensión constitutiva del Pueblo de Dios en misión evangelizadora.

La Compañía de Jesús recibe este prestigioso Doctorado Honoris Causa de la *Universidad Babes-Bolyai* con agradecimiento por la historia común y como confirmación de su deseo de contribuir al futuro sinodal de la Iglesia en el cual tiene un papel muy importante el trabajo universitario en su conjunto y la reflexión teológica en particular.